

Los recuerdos del abuelo



Escrito por:
Irma Calvo

Ilustrado por:
Jagriti Khirwar

2.º grado

Lectoescritura 5

Los recuerdos del abuelo

Libro de lectura

ISBN 979-8-88576-069-0

© 2022 Amplify Education, Inc. and its licensors
www.amplify.com

All Rights Reserved.

Core Knowledge Language Arts and CKLA are trademarks
of the Core Knowledge Foundation.

Trademarks and trade names are shown in this book
strictly for illustrative and educational purposes and are
the property of their respective owners. References herein
should not be regarded as affecting the validity of said
trademarks and trade names.

Printed in the USA
01 LSC 2022

Illustrations by Jagriti Khirwar

Contenido

Los recuerdos del abuelo

Lectoescritura 5

Libro de lectura

Mis planes de verano	2
La casa de los abuelos.	8
Una visita inesperada.	14
El juego de básquetbol.	20
Noticias de Nepal.	26
La enfermera	32
Una tarea especial.	38
La recuperación.	44
Invitación a la montaña.	50
La preparación.	58
La prueba más grande	64

Amigos para siempre	70
Un proyecto importante.....	76
La libreta de recuerdos	82



Mis planes de verano

¡Estoy frustrado! Tanto esperar las vacaciones para nada. **Papá** me prometió un viaje. Él y yo íbamos a ir a **Cancún** mientras Mamá trabajaba. Pero un señor **alemán** lo **llamó** hace poco. Quiere que Papá dé unos cursos para una empresa en otra ciudad.

Eso hace Papá: enseña cosas a los trabajadores de las empresas. Así que hoy él sale de viaje y yo me quedo en casa. Mis vacaciones no van a ser como lo esperaba.

—No te pongas triste, **campeón** —me dice Papá antes de salir para el aeropuerto—. Volveré en dos semanas como máximo. Todavía podremos viajar.

Pero yo tengo mis dudas.



Al poco rato, Mamá sale para su consultorio. Ella es nutrióloga. Aconseja a las personas qué alimentos comer para tener buena salud.

—Le pedí a Betty que viniera y ya está aquí— anuncia Mamá tomando su bolso. Pueden ver televisión. Nos vemos al rato, mi amor.

Betty es la niñera. Me cae bien. Aunque parece muy seria es bastante divertida. Sabe jugar videojuegos y le gustan los cómics como a mí. Además, cuenta unos chistes muy buenos. Sin embargo, hoy no estoy para chistes. Sigo bastante frustrado por lo del viaje que ya no voy a hacer.





Mamá vuelve temprano del consultorio. Compró **salmón** para hacerlo a la plancha. Como buena nutrióloga, trata de preparar comidas saludables. Me gusta cómo cocina, pero me gusta más la comida de mi abuela Indira. ¡Ella es la mejor cocinera del mundo!

—Estuve pensando qué puedes hacer en las vacaciones —dice Mamá mientras pone **jabón** en el lavaplatos—. Una **opción** es que vayas al campamento de básquetbol con tu prima Lila.

Al oírla, hago mala cara. ¡La idea no me gusta nada!

—Otra opción es quedarte con los abuelos por dos semanas —agrega Mamá.

De inmediato se me ilumina la cara.

—¡Me quedo con los abuelos!—exclamo.

Mis vacaciones empiezan a mejorar.



La casa de los abuelos

El camino a casa de los abuelos se me hace largo. Mamá no deja de hacer recomendaciones: “Pórtate bien”. “Le haces caso a la abuela”. “Ayudas a recoger”. “Y nada de desvelarse”.



Digo que sí con la cabeza y miro por la ventanilla. Me distraigo con un perrito que va en el autom**ó**vil de al lado. Parece muy **d**ócil. Tiene orejas largas y es de color café. Lleva la lengua afuera y son**r**íe.

—Rajiv —dice Mamá—, ¿me estás oyendo? No olvidaste la piyama, ¿verdad?

¡Ups! Empacar es **d**ifícil. Sé que empaqué mis **c**ómics, mi **l**ápiz especial y mi libreta de dibujos. ¡Pero creo que no traje piyama!





Al llegar a casa de los abuelos, salto del automóvil.

—¡Rajiv, espera! —dice Mamá, pero yo ya estoy corriendo por el césped.

La casa de mis abuelos es muy colorida. Los tapetes son coloridos. Las pinturas de las paredes son coloridas. La ropa de mi abuela es colorida. Ella está en la cocina. Lo sé porque el aire huele a comida. Entro a la cocina y nos abrazamos.

— ¿Quieres néctar de manzana? —me pregunta ella.

—No, gracias —respondo—. ¿Estás haciendo *momos*?

Los *momos* me encantan. Es la comida típica de Nepal que más me gusta. La abuela sonrío y me muestra un plato lleno de momos recién hechos.

Mamá entra en la cocina y abraza a la abuela.

—Espero que Rajiv se porte bien —le dice.

—Él siempre se porta bien —responde la abuela sonriendo—. Ganesh y yo estamos felices de tenerlo aquí.

—¿Dónde está el abuelo Ganesh? —pregunto.

Abuela señala el jardín, y salgo corriendo para allá.



—Rajiv, ¿adónde vas sin despedirte? —exclama Mamá.

Doy media vuelta y beso a Mamá. La voy a extrañar, pero estoy feliz de estar con los abuelos. Cuando llego al jardín, encuentro al abuelo agachado. Arranca las malas hierbas.

—¡Bienvenido, mi niño! —saluda—. ¿Quieres ayudarme?

Respondo que sí. El abuelo me pide que empiece en el huerto, donde hay chiles y tomates. Me arrodillo y empiezo a trabajar, pero dejo un **trébol** sin arrancar. Esos me gustan.



Una visita inesperada

Cuando termino de arrancar las hierbas del jardín, el abuelo me da un dólar.

—Buen trabajo, Rajiv —dice—. Ahora, a lavarnos las manos. La comida de la abuela nos espera.

—¡Ya era hora! —dice la abuela al vernos—. Siéntense, se va a enfriar.



Primero nos sirve *thukpa*, una sopa deliciosa de pollo con fideos. Luego pone frente a nosotros una montaña de momos.

—Estos son de papa con carne —explica, señalando con el dedo—. Esos de queso y los de acá de carne.

—¡Uy! —exclama el abuelo—. Cocinaste demasiado. ¿Acaso esperamos a alguien?

—No —responde la abuela—, pero uno nunca sabe.

Entonces, suena el timbre de la puerta.





Devoro la comida mientras el abuelo abre la puerta. Ya vi el postre: tarta de dátíl. Ese no es un postre nepalés, pero a la abuela le queda muy bien. Mi abuela es un ángel: preparó todas las cosas que más me gustan. Entonces escucho una voz familiar. Es la voz de mi tío Kamal:

—Lila se accidentó jugando al fútbol. Ya no podrá ir al campamento. No tenemos quien la cuide.

—No se preocupen —responde el abuelo—. Se puede quedar con nosotros. Estamos en el comedor. ¿Ya comieron?

“¡Ay, no!”, pienso. “Lila, mi prima, ¿se va a quedar aquí también?”. La idea no me gusta nada.

La abuela deja de comer. Ya no sonrío.

—Algo pasó con Lila —murmura.

Entonces, Lila entra al comedor. Viene con sus papás y sus hermanas. Parece enfadada y no camina normal. Está usando muletas.

—Qué bueno que hiciste mucha comida, Indira —dice el abuelo—. Tenemos más invitados.

Mi buen humor desaparece. Lila se va a quedar con nosotros. Ya no voy a tener a los abuelos solo para mí. Además, no tengo nada en común con ella. Lila es la líder de su equipo de fútbol. Tiene el récord de goleo. Es buena para el básquetbol y para casi todos los deportes. ¡No puedo competir con ella! Yo no soy buen deportista. Solo sé dibujar bien.



El juego de básquetbol

Mis tíos se van y dejan a Lila con nosotros. Mis vacaciones en casa de los abuelos ya no van a ser como lo esperaba.

En la noche, nos sentamos a ver televisión. Yo quiero ver una película, pero Lila quiere ver deportes.





—No discutan —dice el abuelo—. Hagamos una rifa para decidir qué vemos.

Hacemos una rifa y yo gano. La película empieza, pero Lila y el abuelo no ponen atención. Él pregunta:

—**Cuéntame**, ¿cómo te lastimaste, linda?

Ella explica que jugaba en el parque con sus amigos. Iba a meter un gol. Un amigo quiso detenerla y, sin querer, le pateó el tobillo.

—El golpe no fue tan fuerte —dice—. Pero mi pie estaba en mal **ángulo**. Por eso se rompió.



Miro de reojo a mi prima y veo que se le salen las lágrimas. Siento un poco de lástima. Ella odia perderse sus entrenamientos y ahora no podrá jugar en todo el verano. El abuelo Ganesh suspira. La abraza y extiende una mano para que yo la tome.

—Sé que estas no son las vacaciones que esperaban. Pero podemos hacerlas especiales.

—¿Cómo? —pregunta Lila.

El abuelo se queda pensando y dice:

—¿Qué tal si empezamos con un juego de **básquetbol**?

—Pero no puedo jugar —dice Lila.

—A mí no me gusta el básquetbol —reclamo.

El abuelo añade:

—Lo que pasa es que no lo has visto como se debe: ¡en el estadio!

Al día siguiente Lila, el abuelo y yo llegamos al estadio. El equipo de nuestra ciudad tiene cinco campeonatos. Hay **muchísima** gente y se oye música por todas partes. Llegamos a nuestros asientos. Los jugadores entran en la cancha. De pronto, Lila grita:

—¡No puede ser! ¡**Míralo**, Abuelo! Ahí va mi héroe.

Se trata de un jugador muy alto con el **número** doce. Todos le aplauden. El **árbitro** silba y empieza el partido. Sin darme cuenta, empiezo a disfrutar del juego. Un equipo anota, luego el otro. Al final, nuestro equipo gana.

—¡Qué **bárbaro**! —exclama el abuelo.

—¡Estuvo **buenísimo**! —exclama Lila.

Tengo que aceptar que ambos tienen razón. El básquetbol puede ser divertido.



Noticias de Nepal

A la mañana siguiente, soy el último en bajar a la cocina.

—¿Por qué traes puesta la pijama del abuelo?
—pregunta Lila.

Siento las mejillas calientes. No quiero decirle que se me olvidó mi propia pijama. El abuelo me salva:



—Tiene mi pijama porque yo quise prestársela
—dice, y luego nos pregunta—: ¿Quieren té, niños?

Lila y yo decimos que sí. El abuelo nos sirve dos tazas de té *masala* con leche. Es un té muy aromático, es decir, tiene un olor muy agradable.

En ese momento, la abuela señala su teléfono y exclama entusiasmada:

—¡Recibí noticias de Nepal, Ganesh!

Los tres la miramos interesados.





La abuela explica que recibió un mensaje de texto de tía Rekha. Ella y su esposo trabajan en Nepal como maestros voluntarios. Ella enseña matemáticas y él ciencias. En su tiempo libre, hacen montañismo. Es decir, escalan montañas altas.

—¡Rekha me cuenta que van escalar el Everest!
—anuncia la abuela con emoción.

Abuelo Ganesh mira a la abuela con ternura y exclama:

—¡El Everest! Cuántos recuerdos nos trae, ¿verdad?

Las palabras del abuelo despiertan mi curiosidad. Mamá me ha hablado del monte Everest. Sé que es una de las montañas más altas del mundo. Ahora quiero saber por qué le trae recuerdos tan especiales a los abuelos.

—¿Qué recuerdos te trae el monte Everest, Abuelo?
—le pregunto.

Abuelo no tarda en responder.

—El Everest hace parte de mi historia con tu abuela
—dice abrazándola.

—¿Se conocieron allí? —pregunto con interés.

Esta vez es la abuela quien se adelanta a responder:

—No. No nos conocimos allí, pero sí lo
escalamos juntos.

Los ojos de Lila se abren como platos.

—¡Guau! ¡Qué buenos deportistas! —exclama.

El comentario de Lila me deja pensando. Ella está interesada en la hazaña deportiva de los abuelos. Yo estoy interesado en la historia de los abuelos. ¡Somos tan diferentes!



La enfermera

Al día siguiente, Lila me invita a jugar un videojuego de deportes. Aunque no me llama mucho la atención, acepto. Juego un rato con ella, pero después me aburro. Entonces salgo al jardín en busca del abuelo. Lo encuentro lavándose las manos.

—¿Qué haces aquí? ¿No estabas jugando? —me pregunta él.

—Me aburrí —digo encogiéndome de hombros—. Prefiero estar contigo.



Él me mira a los ojos.

—¿Ah, sí? —pregunta.

—Sí, quiero que me cuentes la historia tuya con la abuela —digo.

El abuelo hace una pausa y se rasca la barbilla.

—Pues entonces, sígueme —me dice—. Tengo algo que mostrarte.

—¿Qué cosa? ¿A dónde vamos? —pregunto.

—Ya lo verás —responde.





Entramos a la casa y subimos varios escalones hasta llegar al ático. Todo está muy ordenado. El abuelo señala un baúl de madera y me dice:

—Abre este baúl. Aquí encontrarás gran parte de mi historia con tu abuela.

Abro el baúl y veo papeles, un álbum de fotos y otras cosas viejas. El abuelo abre el álbum y señala una foto. La foto es de una mujer joven vestida de enfermera. Su sonrisa me parece conocida.

—¿Sabes quién es? —me pregunta.

—No, Abuelo —respondo.

Los ojos del abuelo se iluminan. Pasa los dedos por la foto con ternura.

—Esta era tu abuela a los veinte años. Así la conocí —dice.

—¿La abuela es enfermera? —pregunto asombrado.

El abuelo se demora en contestar mi pregunta. Parece como si su mente volara a otro lugar.

—Sí, tu abuela es enfermera. Ella me cuidó cuando me hirieron —dice.

Mi curiosidad **aumenta**.

—¿Por qué estabas herido, Abuelo? —pregunto intrigado.

El abuelo hace otra pausa. Se nota que sus recuerdos le causan emoción. Habla con precaución.

—Hace como 40 años yo fui soldado en Nepal —responde.

—¿Entonces te hirieron en una batalla? —le pregunto.

—Sí. Me hirieron en las piernas y me llevaron a un hospital para soldados —contesta—. Allí me cuidó la mejor enfermera del mundo: tu abuela.

Siempre he pensado en la abuela como la mejor cocinera del mundo. No puedo imaginarla como la mejor enfermera del mundo.



Una tarea especial

Estoy con el abuelo Ganesh. Él me cuenta cosas del pasado. Quiero que me siga contando su historia con la abuela. También quiero saber cómo escalaron el monte Everest. ¡Tengo tantas preguntas! Pero mi conversación con él se detiene de repente. La abuela lo llama desde la cocina:

—Ganesh, ¿dónde estás? Necesito unas cosas para la cena.

—El deber me llama —dice el abuelo parándose.

—¡Pero no me has terminado de contar la historia!
—protesto.

—Más tarde terminamos. Vamos a ver qué necesita la abuela —dice.

Poco después llegamos al mercado. Compramos las aceitunas, el aceite y otros ingredientes que pidió la abuela. Algunos son auténticos de Nepal.



Antes de subir al **auto**, el abuelo mira hacia arriba.

—Así de azul es el **cielo** de Nepal —dice.

—¿Lo extrañas? —pregunto mientras el abuelo arranca.

—Mucho, Rajiv. Y tu abuela también. Nepal es un lugar muy bello.

—¿Y por qué se vinieron a vivir aquí? —pregunto.

Abuelo me responde con otra pregunta:



—¿De verdad te interesa tanto nuestra historia?

—Claro que sí, Abuelo —digo con entusiasmo.

El abuelo frena. El semáforo está en rojo. Entonces voltea la cara y me mira a los ojos.

Te voy a contar la historia completa. Así, nuestra historia no se perderá. Podrás contarla a quien le interese. Siento algo lindo en el corazón. El abuelo me ha encargado una tarea muy especial.





Al llegar a la casa, encontramos a la abuela en la cocina.
Lila está con ella.

El abuelo le entrega el encargo y luego le dice:

—Le estaba contando a Rajiv cómo nos conocimos.
Le conté que fuiste mi enfermera.

Lila reacciona de inmediato.

—¿En serio, Abuela? ¿Eres enfermera? —pregunta.

—Sí, Lila. Soy enfermera y también mamá, abuela y cocinera —responde riendo—. Conocí a tu abuelo en un hospital. En ese tiempo yo tenía veinte años.

Lila se voltea al abuelo y le pregunta:

—¿Por qué estabas en el hospital? ¿Por qué te cuidó la abuela?

—Fui soldado en Nepal y salí herido en una batalla —responde el abuelo.

—¿En serio, Abuelo? ¿Fuiste soldado? —pregunta Lila.

El abuelo contesta riendo:

—Sí, Lila. Fui soldado antes de ser papá, abuelo y jardinero.

La recuperación

Al día siguiente vamos al parque con los abuelos. Los cuatro caminamos por un sendero lleno de árboles. El abuelo va señalando y hablando.

—Este árbol es un sauce —explica—. Este arbusto que ven aquí es un laurel.

Lila y yo lo escuchamos atentos.

Después de un rato, nos sentamos en una banca.

—Abuelo, sigue contándonos tu historia con la abuela —le pido.

—¡Sí! —agrega Lila—. Cuéntanos cómo te recuperaste en el hospital.

El comentario de Lila me sorprende. Al parecer no solo le interesan los deportes. ¡También le interesa la historia de los abuelos!

El abuelo comienza a hablar.



—Eran principios de los años 80. Yo me recuperaba en un hospital para soldados en la ciudad de Dharan. Estaba muy débil y triste. Quizá no podría volver al ejército. Aunque mis piernas estaban sanando, aún no podía moverlas bien. El abuelo hace una pausa.

—Y entonces, ¿qué pasó? —pregunto impaciente.

El abuelo continúa:

—Una mañana, una enfermera de hermosos ojos oscuros se acercó. Se sentó a mi lado y me saludó con un Namasté. “Soy Indira”, dijo con una linda sonrisa. “Lo voy a ayudar con su terapia”.

Mis abuelos se miran a los ojos.

—Lo demás es historia —agrega el abuelo.





Lila y yo seguimos escuchándolos encantados.

El abuelo vuelve a hablar en ese momento:

—Yo no era un paciente fácil. A veces me quejaba mucho. Pero ella fue muy hábil y cálida. Con su ayuda, poco a poco recuperé el movimiento de las piernas. ¡Fue una enfermera fantástica!

Miro a la abuela con admiración. La imagino cuidando al abuelo y a otros pacientes.

—Ahora cuéntanos cómo escalaron el monte Everest, Abuelo —pide Lila.

—Esa es otra historia. Les prometo que se las contaré después. Se está haciendo tarde —dice él.

Invitación a la montaña

Esa noche, los cuatro jugamos al bingo en la sala. Aunque me estoy divirtiendo, no dejo de pensar en la historia de los abuelos. Así que luego de un rato, interrumpo el juego y digo:

—Abuelo, nos prometiste algo. Queremos saber cómo escalaron el monte Everest.

—¡Sí! —exclama Lila entusiasmada.

El abuelo hace una pausa. Su mente parece volar de nuevo.

—Pues bien —comienza a hablar—. Ya les conté que fui soldado. Saben que salí herido y me recuperé en un hospital. Les conté que la abuela fue mi enfermera.

—Sí, Abuelo. ¡Eso lo sabemos! —dice Lila impaciente—. Por favor, cuéntanos el resto de la historia.

—Paciencia —dice el abuelo—. Ya lo van a saber.





El abuelo sigue recordando:

—Mientras estaba recuperándome en el hospital, alguien me visitaba. Era mi mejor amigo, Avir. Él me animaba cuando me sentía desanimado. Me llevaba libros y revistas. Un día me llevó una revista sobre el Himalaya.

Entonces la abuela lo interrumpe:

—El Himalaya es una cordillera, o sea una serie de montañas juntas. Una de esas montañas es el monte Everest, que queda en Nepal.

—Así es —afirma el abuelo—. Cuando Avir me llevó esa revista, también me propuso algo.

—¿Qué te propuso, Abuelo? —pregunta Lila.

—Me propuso que escaláramos el Everest. Era un sueño que teníamos desde niños.

El abuelo hace otra pausa. Lila y yo quedamos en suspenso.

Después, el abuelo sigue con su historia:

—Para la mayoría de las personas, escalar una montaña tan alta es muy difícil. Para mí, en esos momentos, era muchísimo más difícil. Aunque soñaba con escalar la montaña, no estaba listo. Mi cuerpo todavía estaba muy débil.

—Entonces, ¿cómo te animaste? —pregunto.

El abuelo señala a la abuela con cariño.

—Ella me animó. Me dijo qué luchara por ese sueño. ¡Hasta me dijo que ella iría al Everest conmigo! Así que comencé a hacer mis ejercicios con más ánimo. Ya tenía un propósito que me ayudaba a esforzarme más.



Volteo a ver a la abuela.

—Abuela, ¿y tú también soñabas con escalar el Everest? —le pregunto.

La abuela ríe.

—En realidad ese no era mi sueño. Le dije a tu abuelo que iría con él para animarlo. Era por una buena causa —explica.

—Pero al fin sí fuiste, ¿verdad? —pregunta Lila

—Sí. Al final, yo también comencé a soñar con ir al Everest —responde—. Pero yo solo subí una pequeña parte. Tu abuelo y su amigo Avir sí llegaron hasta la cima. ¡Y se prepararon mucho!

En ese momento, el abuelo interrumpe nuestra plática.

—Ya es tarde, jovencitos. Es hora de irse a la cama —ordena.

Lila y yo obedecemos. Subimos las escaleras sin mucho ánimo. Estamos ansiosos por conocer el siguiente capítulo de la historia.



La preparación

El abuelo nos mandó a dormir. Pero ni Lila ni yo tenemos sueño. Así que nos quedamos hablando un rato.

—¿Cómo crees que el abuelo se preparó para escalar el Everest? —pregunto.

—No sé. Lo que sí sé es que algún día yo quiero hacerlo —responde ella.

—¡De acuerdo! —digo—. Yo también quiero hacerlo algún día.

Lila sonrío y se queda pensando. Luego exclama:

—¡Bueno, entonces hagamos un trato! Cuando seamos grandes, escalaremos el Everest juntos.

Sonrío de oreja a oreja. Nos chocamos las manos. Siento que hay una nueva conexión entre los dos. ¡Ahora tenemos un sueño en común!





Al día siguiente, el abuelo nos invita a tomar helado. Es el momento perfecto para que siga su historia. Así que no dudo en pedírselo:

—Abuelo, cuéntanos cómo te preparaste para subir el Everest.

El abuelo deja de tomar su helado. Comienza de nuevo a compartir sus recuerdos.

—Bueno —dice—. Ya saben que el Everest es una de las montañas más altas del mundo. Así que pueden imaginar lo difícil que es escalarla.

—¿Entonces qué hiciste? —pregunta Lila.

Mi amigo Avir y yo fuimos a un pueblo de sherpas. Ellos viven a los pies de las montañas. Son expertos montañistas. Es decir son muy hábiles para escalar montañas altas. Le contamos nuestro plan a uno de ellos.

—¿Y él los ayudó? —pregunta Lila.

—Sí —responde el abuelo—. Él nos presentó a unos jóvenes muy simpáticos. Ellos nos enseñaron muchos trucos. Según ellos, debíamos fortalecer nuestro cuerpo. Hicimos mucho ejercicio. Después de unos meses, estábamos listos.

—¡Meses! —exclamo.

—Sí. Ya te dije que subir es muy difícil. No todos los que lo intentan lo logran. Debíamos ser muy cuidadosos. Además, tuvimos que conseguir equipo. Hay que llevar cuerdas, tiendas de campaña, ropa y zapatos especiales.

De repente, el abuelo mira su reloj y se para.

—Es hora de volver a casa —nos dice.

Lila y yo protestamos.

—Luego les sigo contando —promete.



La prueba más grande

Al día siguiente, subimos al ático con el abuelo. Queremos ver las fotos y el equipo que usó para subir a la montaña.

—Mira, Lila —digo orgulloso—. Éste es el baúl donde el abuelo guarda sus recuerdos.

Entre los dos abrimos la tapa. El abuelo se acerca y abre el álbum de fotos. Nos enseña una foto.

—Aquí estoy con su abuela y mi amigo Avir a los pies de la montaña —dice.

Observo la foto. Mi abuela era muy linda.



—¿Hasta dónde llegó la abuela? —pregunto.

—Ella solo nos acompañó hasta el primer campamento —responde—. Después seguimos Avir y yo con los sherpas.

El abuelo nos explica que es imposible escalar el Everest en un solo día. Hay que hacer paradas en los campamentos para dormir y descansar.





—¿Qué es esto, Abuelo? —pregunta Lila señalando una ruedita.

El abuelo se sienta a su lado.

—Es una polea. Sirve para levantar cosas pesadas. Nos ayudó a levantar nuestro equipo.

—¿Fue muy difícil escalar la montaña? —pregunto.

El abuelo responde:

—Pues al segundo día el clima estaba feo. Luego se puso peor. Tuvimos que esperar muchas horas. El aire helado y la nieve golpeaban nuestra tienda de campaña. Tomamos chocolate caliente y platicamos. Pero estábamos intranquilos. Después de una larga espera, pudimos salir.

El abuelo nos explica entonces por qué hay que trabajar la mente. Nos dice que la montaña es una gran maestra.

—Cuando miras hacia arriba, el camino parece interminable. Tienes frío, hambre y cansancio. Pero no puedes parar. Hay que mover los pies —agrega.

Miro el techo. Siento que estamos con él en algún lugar de la montaña.

—Con mucho trabajo Avir, los sherpas y yo llegamos a la cima —continúa el abuelo—. Pero no pudimos disfrutar de la bella vista por mucho tiempo. Uno de los sherpas señaló una nube y dijo: “Hay que bajar. Se acerca una tormenta”.

Lila y yo oímos al abuelo casi sin parpadear. Él continúa:

—El sherpa tenía razón. La tormenta nos alcanzó demasiado pronto. Todo se oscureció y el viento helado nos hacía caer. De pronto, Avir se perdió.

La noticia me pone nervioso, pero no lo interrumpo.

—Nos separamos para buscarlo —continúa el abuelo—. Lo encontré lastimado. Ése fue uno de los peores momentos de mi vida. Quizá iba a perder a mi mejor amigo.



Amigos para siempre

Por suerte, el abuelo no perdió a Avir en el Everest. A pesar del peligro, se quedó con su amigo. Lo mantuvo caliente. Cuando vio que lo necesitaba, le dio su propio oxígeno. La mayoría de los montañistas usan tanques de oxígeno.

—¿Por qué se lo diste? —pregunta Lila—. Podrías necesitarlo.

—Fue por una buena causa. Se lo di porque Avir era un amigo leal —responde el abuelo—. Estuvo siempre conmigo cuando lo necesité en el hospital.



—Y entonces, ¿qué paso? —le pregunto.

—Afortunadamente los sherpas nos encontraron. Apenas pasó la tormenta, ellos y yo llevamos a Avir a la aldea más cercana. Allí lo atendió un doctor y a los pocos días ya estaba bien. Muy pronto volvió a sonreír.

Lila y yo respiramos aliviados. La aventura del abuelo tuvo un final feliz.

“Ojalá pueda conocer al amigo del abuelo”, pienso.



Cuando llega el domingo, el abuelo nos sorprende.

—Arréglense —nos dice—. Vamos a una parrillada.

—¿En casa de quién? —pregunto desanimado.
¡Sé que esas comidas pueden ser muy aburridas!

—En casa de mi amigo Avir. ¿No les gustaría conocerlo? —dice el abuelo.

Lila y yo nos levantamos de un salto.

—¡Sííí! —exclamamos a la vez.

Poco después, estamos todos en la puerta de la casa de Avir. La abuela trae una ensalada de zanahoria, tomate y albahaca.

El abuelo me revuelve el pelo y me dice:

—Hace unos días me preguntaste por qué nos mudamos aquí —dice el abuelo—. Pues bien, nos mudamos por Avir. Él se casó con una americana y puso un negocio en esta ciudad. Me invitó a trabajar con él. No me arrepiento, pero aún extraño los paisajes de Nepal.





El abuelo y Avir se abrazan al verse. Avir es delgado y alegre. Su esposa Sonia es rubia y tiene una voz dulce, como la jalea. Avir nos cuenta muchas cosas. Nos muestra fotos de él junto a mi abuelo cuando eran jóvenes. También nos cuenta de sus nietos.

—Otro día los conocerán —afirma—. Todos son muy diferentes. A uno le gustan los poemas. Otro toca el oboe, que es una especie de flauta.

Avir hace una pausa para tomar aire y luego continúa:

—Mi nieta mayor es una gran bailarina y mi nieta de seis años quiere un labrador como mascota.

—¿Y se lo vas a dar? —pregunto abriendo los ojos.

—Le voy a comprar uno de peluche —responde Avir.

Todos reímos.

Un proyecto importante

El tiempo con los abuelos pasa muy rápido. Llevo ya una semana con ellos. No me doy cuenta hasta que llama Papá. Suena contento. Le ha ido bien en su trabajo. Cuando colgamos el teléfono, voy a la cocina. Allí, la abuela prepara una sopa.

—Estoy haciendo una sopa, Rajiv —explica—. Compré demasiadas zanahorias y albahacas. Pero no te preocupes. El sabor será muy diferente al de la ensalada.

Entonces le suelto la noticia:

—Papá viene por mí el próximo jueves. Al fin me va a llevar a Cancún.

De pronto, siento ganas de llorar. La abuela me ve. Se seca las manos con una toalla y me abraza.

La abuela y yo platicamos. Trata de que me sienta mejor.





—¿Por qué no haces una libreta con los recuerdos de tu abuelo? Será un regalo muy especial para él —me dice.

La idea me parece buenísima. Hacemos un trato. Ella me dará las cosas que necesito y yo me pondré a trabajar enseguida. Una hora después, me trae una bolsa del supermercado. Le doy las gracias y subo corriendo a mi cuarto.

—Rajiv —pregunta Lila curiosa—, ¿qué vas a hacer?

—Voy a hacer una libreta con los recuerdos del abuelo —contesto—. La abuela me compró lo que necesito. También me va a dar unas fotos viejas y unos recortes de periódico.

Lila sonrío.

—¡Qué bien! —dice—. ¿Te puedo ayudar?

De inmediato acepto. Lila y yo ahora tenemos una conexión especial. A los dos nos une la historia del abuelo.



Los siguientes días trabajo sin parar. Llevo a todos lados mis lápices y la libreta. Cada noche, le muestro a Lila mis dibujos. Juntos escogemos estampas y las pegamos.

—¡Guau! ¡En verdad eres bueno para el dibujo!
—opina. Me sonrojo. Me siento orgulloso.

Una mañana, el abuelo me invita al jardín. Quiere cuidar el huerto.

—No puedo —respondo.



Por la tarde, me invita al mercado a comprar comida.

—No puedo —le digo.

Por la noche, me dice:

—Rajiv, ¿quieres leer un cuento con nosotros?

—Perdón, Abuelo. Estoy ocupado.

Entonces escucho que le dice a la abuela:

—¿Qué tiene Rajiv? Me preocupa.

—No tiene nada, Ganesh —dice ella—. Solo necesita su espacio.

La libreta de recuerdos

Finalmente, como en un parpadeo, llega el jueves. Ya es el día en que me recogerá Papá. La abuela me entrega toda mi ropa recién lavada. Se queda en el cuarto para ver que haga bien la maleta.

—No metas el suéter, Rajiv —me dice—. Todavía no se seca. Y dame la toalla que usaste para ponerla al sol... Falta media hora para que venga tu papá.

¿Quieres comer algo? Puedo poner una pieza de pollo en el fuego. Quedará listo en cinco minutos.

—No, Abuela, gracias. ¿Dónde está el abuelo?

Ella se queda muy quieta.

—¿Terminaste? —pregunta.

Digo que sí con la cabeza y me acerco a la mesa de noche. Tomo la libreta que me compró y se la doy.







Ella pasa las hojas de la libreta con cuidado. Mira los dibujos que hice, las fotos que me regaló, los recortes de periódico. En esa libreta está la historia de mi abuelo. El joven soldado. El héroe de la montaña. El esposo de la mejor enfermera del mundo.

—¿Crees que le guste, Abuela? —pregunto.

—¡Le va a encantar! —responde emocionada—.
Vamos, tu abuelo está en el jardín.

En la escalera nos topamos con Lila.

—Rajiv le va a dar al abuelo su libreta de recuerdos
—informa la abuela—. ¿Quieres venir?

El abuelo está bajo el árbol de sauce. Tiene unas tijeras muy grandes.

—Creo que cortaré un poco las ramas —informa.

—Ganesh, tu nieto te trae algo —anuncia la abuela.

Él me mira. Estoy preocupado. ¿Y si no le gusta mi regalo?

—Vamos, Rajiv, dáselo —murmura Lila.

Respiro profundamente y dejo caer el cuaderno en sus manos.

—Es tu historia —le digo.

El abuelo revisa cada página. Acaricia los dibujos. De repente, se le salen las lágrimas.

—¡Gracias! —dice, abrazándome—. ¡Qué bueno que te pedí que contaras mi historia!

—Lila también ayudó —informo.

—Solo un poco —dice ella y luego agrega—: ¡Rajiv y yo también vamos a escalar el Everest algún día!





La abuela ríe con ganas.

—¡Qué barbaridad! Tenemos otros montañistas en la familia —dice—. Vamos adentro, aquí hace calor.

Papá y Mamá llegan poco después. Él compró regalos para todos. A la abuela le da una novela histórica. Al abuelo le da un libro de jardinería. A Lila le compró un libro de mujeres deportistas. Y a mí me trajo varios cómics. Todos estamos muy contentos.

Luego llegan mis tíos, los papás de Lila. La abuela les muestra la libreta que hice.

—¡Qué lindo homenaje!—dice mi tío Kamal.

—Sin mi esposa, esta historia no existiría —dice el abuelo abrazando a la abuela—. Ella me ayudó cuando más lo necesitaba. Fue la mejor enfermera del mundo.

—También es la mejor cocinera del mundo —agrego yo.

Todos reímos.



Descubre quién escribe la historia



Irma Calvo

Nací en México, en lo que antes se llamaba Distrito Federal, pero la mayor parte de mi vida he estado en el Estado de México. El lugar ha cambiado mucho, la ciudad se ha ido comiendo las áreas verdes. Ahora sólo hay construcciones.

Me encanta conocer culturas diferentes. Lo que más me gustó de escribir *Los recuerdos del abuelo* fue averiguar de los sherpas y de los gurkhas. Tengo un amigo que ha subido varias montañas en México e incluso el Himalaya. Me emociona que haya logrado tal hazaña y quería compartirla. Mi parte favorita de la historia es cuando Rajiv y Lila empiezan a llevarse mejor y están ávidos de escuchar más de la historia de Ganesh.





Descubre quién ilustra la historia

Jagriti Khirwar

Soy de la India y actualmente vivo en Los Ángeles. Una de las cosas que más echo de menos de mi país de origen es la comida.

Me gustó mucho ilustrar *Los recuerdos del abuelo*, en especial, las escenas del pasado del abuelo. El mayor reto que enfrenté al hacer las ilustraciones fue conseguir que el pasado tuviera un aspecto notablemente distinto y que, al mismo tiempo, el estilo fuera coherente con el resto del libro.

A los lectores les aconsejo que pasen mucho tiempo con sus abuelos o familiares si pueden. Es muy divertido conocer sus vidas y lo que nos precedió. Nos ayuda a pensar y actuar de forma equilibrada y también a saber de dónde venimos.



Core Knowledge Language Arts

Amplify

Senior Vice President and General Manager, K-8 Humanities

LaShon Ormond

Chief Product Officer

Alexandra Walsh

Chief Academic Officer

Susan Lambert

Content and Editorial

Elizabeth Wade, PhD, Vice President, Editorial

Genya Devoe, Executive Director

María Oralia Martínez, Associate Director

Patricia Erno, Associate Director

Baria Jennings, EdD, Senior Content Developer

Sean McBride, Content and Instructional Specialist

Christina Cox, Managing Editor

Product and Project Management

Amber Ely, Director, Product

Elisabeth Hartman, Associate Product Manager

Melissa Cherian, Executive Director, Strategic Projects

Catherine Alexander, Associate Director,
Project Management

Stephanie Koleda, Senior Project Manager

Leslie Johnson, Director, Commercial Operations

Zara Chaudhury, Project Manager

Patricia Beam Portney, Project Coordinator

Tamara Morris, Project Coordinator

Design and Production

Tory Novikova, Senior Director, Product Design

Erin O'Donnell, Senior Product Design Manager

Contributors

Content and Editorial

Laia Cortes, Bilingual Content Designer

Ana Mercedes Falcón, Copy Editor and Translator

Ana Killackey, Copy Editor and Translator

Jorge Limón, Copy Editor and Translator

Sofía Pereson, Copy Editor and Translator

Brycé Pesce, Bilingual Content Designer

Melissa Saldaña, Bilingual Content Designer

Lyna Ward, Bilingual Content Designer

Mabel Zardus, Senior Bilingual Content Designer

Product and Project Management

Reyna Hensley, Project Manager

Carolina Paz-Giraldo, Project Manager

Art, Design, and Production

Raghav Arumugam, Illustrator

Derick Brooks, Illustrator

Olioli Buika, Illustrator

Ami Cai, Illustrator

Alanna Conway, Illustrator

Stuart Dalgo, Production Designer

Lucas De Oliveira, Production Designer

Rodrigo García, Senior Visual Designer

Isabel Hetrick, Illustrator

Ana Hinojosa, Illustrator

Ian Horst, Production Design Manager

Jagriti Khirwar, Illustrator

Janelly Rodriguez, Illustrator

Francesca Mahaney, Illustrator

Amber Marquez, Image Researcher and Illustrator

Jocelyn Martinez,

Image Researcher and Illustrator

Emily Mendoza, Illustrator

Islenia Millien, Illustrator

Melisa Osorio Bonifaz, Art Director

Emma Pokorny, Illustrator

Dominique Ramsey, Illustrator

Meghana Reddy, Illustrator

Janelly Rodriguez, Illustrator

Jules Zuckerberg, Illustrator

Editorial Development and Production Services

Aparicio Publishing

Amplify Caminos



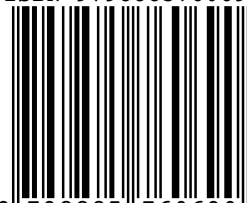
Amplify Caminos

2.º grado | Lectoescritura 5

Libro de lectura | Los recuerdos del abuelo

ckla.amplify.com

ISBN 9798885760690



9 798885 760690